

CLARIDAD

Periódico de Sociología, Crítica y Actualidades

Redacción y Administración: Agustinas 632, Santiago

Dirección Postal: Casilla 3323

Aparece los Sábados

Precio 20 Centavos

AÑO IV

SANTIAGO, JUNIO 16 DE 1923

NUM. 92

El CARTEL DE HOY

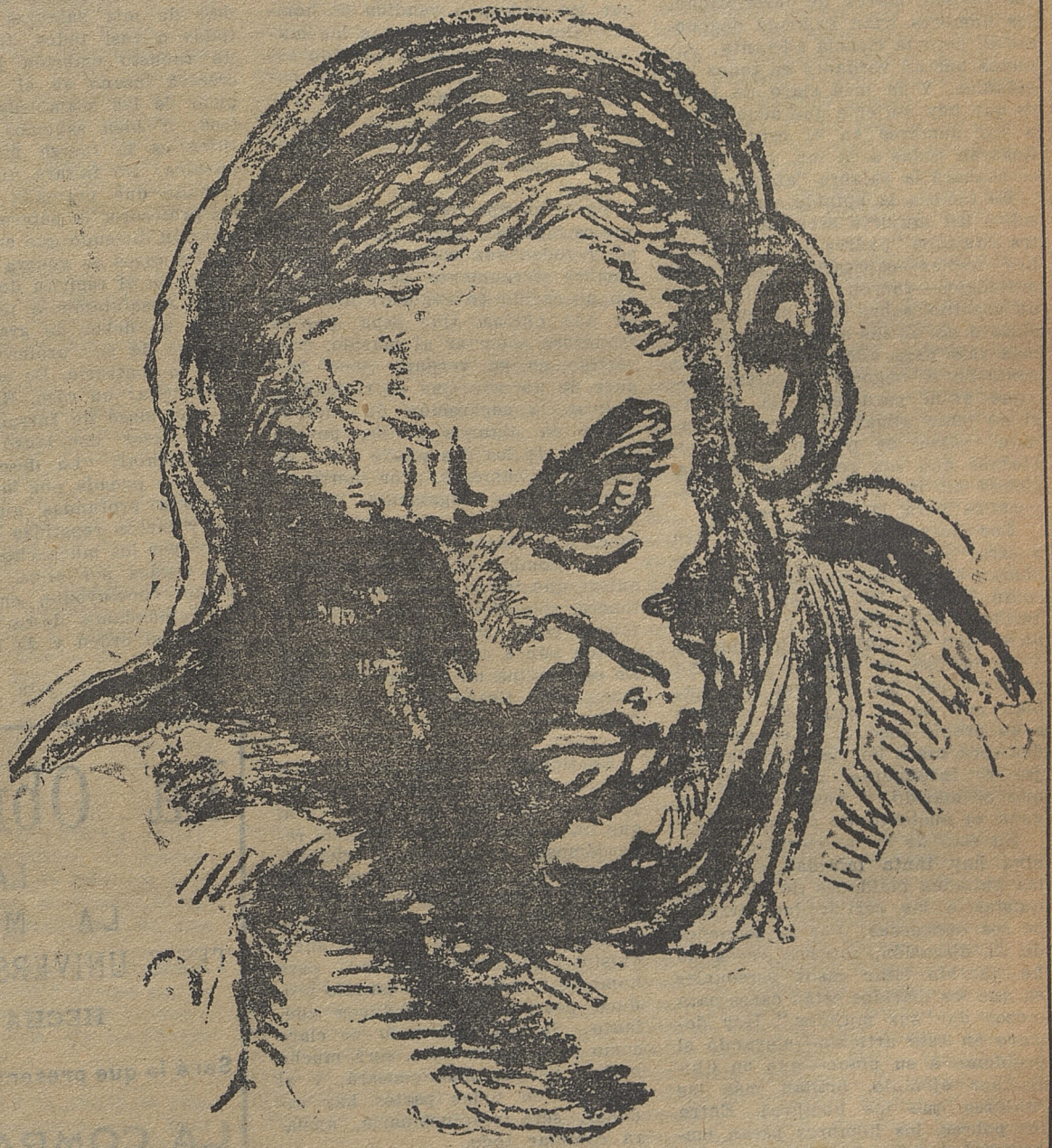
LA BONDAD

Eudurezcamos la bondad, amigos. Ella es también bondadosa, la cuchillada que hace saltar la roedumbre y los gusanos; es también bondadosa la llama en las selvas incendiándose para que rajen la tierra los arados bondadosos.

Eudurezcamos nuestra bondad, amigos. Ya no hay pusilánime de ojos aguados y palabras blandas, ya no hay cretino de soterrada intención y gesto condescendiente que no lleve la bondad, por vosotros otorgada, como una puerta cerrada a toda penetración de nuestro examen. Ved que necesitamos que sean llamados buenos los de recto corazón, y los no doblegados, y los sumisos.

Ved que la palabra va haciéndose acogedora de las más viles complicidades, y confesad que la bondad de vuestras palabras fué siempre—o casi siempre—mentirosa. Alguna vez hay que dejar de mentir ya que, a fin de cuentas, sólo de nosotros dependemos y siempre estamos remordiéndonos a solas de nuestra falsedad, y viviendo así encerrados en nosotros mismos entre las paredes de nuestra astuta estupidez. Los buenos serán los que más pronto se liberten de esta mentira pavorosa y sepan decir su bondad endurecida contra todo aquel que se la merezca. Bondad que marcha, no con alguien, sino contra alguien. Bondad que no soba, ni lame sino que desentraña y pelea porque es el arma misma de la vida.

Y así sólo serán llamados buenos los de derecho corazón, los no doblegados, los insumisos, los mejores. Ellos reivindicarán la bondad podrida por tanta bajeza, ellos serán el brazo de la vida y los ricos de espíritu. Y de ellos, sólo de ellos, será el reino de la tierra.



SACHKA

LA MUJER

La mujer es esclava, desde los primeros tiempos. Será libre después. Algunas ya van hacia su liberación. Ya hay mujeres anarquistas, es decir, mujeres libres.

La mujer es considerada eterna menor de edad, y por su ignorancia es esclava de las leyes, de los hombres. El divorcio ya no es un remedio para los sufrimientos femeninos, y siempre debió haber existido. Aun cuesta para que lo dicten en las cámaras, porque los legisladores son casados también, son propietarios de mujeres. El hombre dice hoy "mi mujer", y la mujer no tiene costumbre de decir "mi hombre". Sólo entre los libertarios se igualan los sexos, con la palabra "compañero." La libertad de la mujer no vendrá, pues, de arriba. Llegará con una revolución completa, que no será otra que la anárquica. Son armas inútiles los partidos políticos femeninos, y peor si son cívicos. Los socialistas, además, socializarán a la mujer, la harán un objeto del Estado...

La mujer sólo es inferior en fuerza muscular; pero eso no importa. La fuerza sólo valdrá con el tiempo en el escudo chileno. Si la mujer tuviera marca de inferioridad, los hombres irían saliendo degenerados, pero la ciencia adelanta. Algunos buscan verdades en todos los estudios. Y lo más claro de todo, es que hay mujeres que acompañan a los hombres en el estudio. ¡Y llegarán todas a la luz, y entonces se acabará la palabra "afeminado"!

Es famosa la opinión que dieron sobre las mujeres esos viejos brutos llamados "padres de la iglesia". Los frailes—capataces del Cristo mitológico—fueron a votación en un concilio, sobre si la mujer tenía alma o no. Si las almas son lo que más vale para ellos—como que inventaron el negocio de salvarlas—¿qué valía para ellos la mujer, si no tenía alma? ¡Por eso la llaman "carne de pecado"! Los gobiernos que son religiones nuevas, tienen en las prisiones celdas especiales para la mujer pobre.

Los borrachos critican también a otros borrachos, los ladrones rechazan como robo nuestro razonado comunismo, y los hombres embrutecidos, alcoholizados y ridículos dicen que la mujer es inferior... Y lo curioso, lo que me ha hecho reír, es que los hombres que hablan mal de la mujer se refieren a su propio caso... Y en casi todos esos casos he visto que la mujer es inteligente, más ilustrada que el marido, y hasta es la que gana el sustento de la familia.

En esto de la inferioridad femenina hay tanta falsedad como en las bulladas maldades de los anarquistas o las certificadas virtudes de los burgueses. Por la pequeñez de la discusión, muchas veces no he querido citar casos personales en que los maridos están caros para mozos de "sus mujeres." Hoy declaro en este artículo—elevando el problema a su plano—que en Chile, por ejemplo, brillan más las mujeres que los hombres. Entre los pobres, los hombres pasan embrutecidos por el alcohol, y sólo ahora van consiguiendo que sus compañeras los acompañen en sus vicios. En las otras clases sociales, hay escritoras burguesas más notables que cualquier escritor burgués. Las directoras de escuelas normales y liceos aventajan a los directo-

tores de escuelas normales y liceos. Y los poetas chilenos—plagiadores en su mayoría de Rabindranath—rinden homenaje merecido a la poetisa Gabriela Mistral, es decir, a la profesora Lucila Godoy.

Es tan horrible la vida que espera a la mujer, que yo quisiera multiplicar los hombres buenos que conozco, para salvar más mujeres, de la esclavitud matrimonial o de la bestialidad de la prostitución. Por la pobreza inmensa, las mujeres venden sus cuerpos, y hasta los entregan antes de la edad. En la aldea donde trabajo, las alumnas de Silabario se enrostran ya el tamaño de sus órganos genitales!

Antes de la esclavitud del esposo, los padres o hermanos ejercen una vigilancia injusta e inútil sobre las niñas. En los internados les violan la correspondencia. (¡Si hasta la violan en las escuelas normales de hombres!)

La inteligente escritora sueca, Elena Key, declara que la mujer actual tiene que escoger entre estos dos caminos: o ser mantenida por los padres o vendida al hombre! Por eso da pena que las mujeres no vean ni sepan que son esclavas. Las preceptoras—pasta barata de los visitantes (con excepciones que no alcanzan a consolar)—llegan a la demencia de negar su esclavitud!

Ya es tiempo que la mujer sepa que es injusto y brutal que su cuerpo y todas sus cosas sean de un hombre eternamente, porque en un día de cariño (o negocio) firmaron en una oficina. Que sepa que es asqueroso soportar al marido, convertido en su verdugo poco después de unirse. Que es ridícula y costosa la separación de cuerpos usada en algunos países, porque ninguno de los dos puede amar de nuevo públicamente. ¡Por suerte algunas casadas vagamente libertarias reñiten a las solteras la sentencia: "¡Cásate y verás!"

Un hombre libre y fraternal quiere que todos sean como él. Entonces, sólo el libertario trata a la mujer como su compañera, y la agrada aún a costa de su felicidad. No se imagina un hombre libre que trate como tirano a sus amigos o parientes.

Es tiempo, además, que estudie la conveniencia de tener pocos hijos. Hay remedios para esto. Y al que halle criminal este recurso, recordémosle que es más criminal criar hijos para que mueran de hambre y frío. La mujer debe saber que sólo el Anarquismo le dará libertad, porque los odiados anarquistas queremos libertad para hombres y mujeres. El estudio produce pensamientos producen adelanto. Si una mujer no ve claro como es el amor libre, será mucho mejor, porque más pensará, y al ver que en todas partes hay cadenas, será revolucionaria, ansiará cambiar todo.

A las mujeres que me regalen el honor de leerme les indico la Anarquía como la salvación de la Humanidad.

Ex-profesor Manuel MARQUEZ
Buin.

SOBRE INSTRUCCION SECUNDARIA

Sin lugar a dudas, el que no guarda un feliz recuerdo de las blandas horas vividas en un internado o el tener la osadía de criticar la acción orientadora de los que fueron nuestros maestros, constituyen signos de una avanzada depravación moral.

Cuanta verdad encerraban las palabras de los hombres de experiencia, cuando me decían sentenciosamente: "Sólo a través de la distancia vemos nítidamente la bondad de las cosas." Porque, he de confesar francamente, que en aquel entonces no me sentía muy seguro ni de la felicidad claustral ni del hondo espíritu educativo de mis maestros. El tiempo se ha encargado de demostrarme que los experimentados tenían razón. Comprendo y admiro a todos aquellos que, al evocar los días de encierro lanzan un gran suspiro nostálgico y a los que llevan perenne en sus labios el homenaje respetuoso y agradecido a la honda acción orientadora de los maestros.

Cualquiera que examine rápidamente la mentalidad de los egresados de un sexto año de humanidad se convencerá de la veracidad de mis palabras. En efecto, todos o casi todos, traen consigo un robusto embrión político, que crecerá lozano en el terreno propicio de las asambleas y los centros. Y bien sabemos que la política es la fuerza motriz de los pueblos. No faltará un mal intencionado que pretenda arrebatar a los profesores la paternidad de este embrión diciendo que en la mayoría de los casos se genera espontáneamente en el espíritu de los muchachos. Absolutamente falso y faltaría a un deber de gratitud, si en defensa de mis profesores no probara lo contrario. De entre muchos voy a citar un caso. Recuerdo que en una clase de Instrucción Cívica, el profesor nos lanzó esta frase monumental: "La deserción cívica debe ser penada por la ley." Estas palabras profundas gustaron mucho y fueron repetidas en todos los tonos por los muchachos y aún hoy son usadas por ellos, como argumento concluyente, en contra de esos ciudadanos descañados, enemigos del orden y de la evolución lenta.

Establecida ya esta verdad, con

gran tiento, nos llevó al terreno de los partidos. Allí, con palabras donosas y consideraciones graves, fué destruyéndolos uno a uno, hasta dejar enhiesto y magnífico al gran partido radical. La mayoría de los muchachos a la salida de clase, eran radicales furibundos. ¡La misión del maestro estaba cumplida!

Otros, ponían como base de su elevada propaganda cualquier futilidad relacionada con sus asignaturas. Y partiendo de allí llegaban a las mismas conclusiones de bien público. Recuerdo que en la clase de Historia, todo asunto religioso con que tropezábamos daba tema para un caluroso papegórico del radicalismo. Tenemos que de todo esto se desprende un grande y efectivo beneficio para el país: los educandos con una sólida y elevada orientación política. Las aulas transformadas—para bien de nuestra parte—en barbechos de partidos.

Posiblemente la exagerada cercanía hace borrosos a algunos muchachos el buen propósito de la siembra. Así, leí en una revista estudiantil un "Ruego al maestro", cuya finalidad era pedirles fervorosamente la protejidad. ¡No compañero miope, protejidad, no! ¡Pedidles que os presenten a un partido político o a un centro de propaganda!

Por eso ¡que puerilmente insulas! son estas palabras de la Gabriela Mistral: "¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que tú llevaste por la Tierra." Bueno para ella está este ruego, para ella que sólo sabe hacer versos; pero para aquellos que enseñan ciencia y forman ciudadanos está demás.

Luis SEPULVEDA ALFARO

NECESITAMOS AGENTES

En Curicó, Rancagua, Río Bueno, La Unión, Limache, Angol, Melipilla, Cañete, Victoria, Arauco, Curanilahue, Mafel, Mallef, Constitución, San Bernardo, Las Condes, Potrerillos, Ancud, et.

La Obra más lujosa,

LA MAS ARTISTICA,
LA MAS EMOCIONANTE
TESIS UNIVERSAL - DESARROLLO ARMONICO
HECHA EN TALLERES PROPIOS,

Será la que presentará en breve

LA COMPAÑÍA 'CRUZ DEL SUR'
PUENTE 622, CASA 2

NOTA.--Se avisa a las Empresas que hay una copia nueva de "Almas Perdidas", el mayor éxito de taquilla.

"CLARIDAD"

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial. Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas. Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos. Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

LA BANCARROTA DE LA POLITICA

Es inconcebible que haya todavía quien se obstine en sostener la eficacia de la acción política.

A la vista de la total bancarrota del parlamentarismo, cuando todos los partidos están en descomposición y el arte de gobernar a puesto de relieve la farándula de la legislación y la burla de la ley, se necesita estar ciego y ser sordo para persistir tercamente en la pretendida virtud de los medios políticos.

En ningún tiempo se ha hecho tan descarada ostentación, como ahora, de la truhanería gubernamental y de la farsa parlamentaria. A diario se ponen la ley por montera los que la elaboran y los que la aplican. A diario, los de la acera de enfrente, denuncian abusos, conculcaciones, atropellos. La impunidad no les enseña nada. El poder de la rutina es más fuerte que todas las experiencias y que todas las reflexiones.

Acorralados por la lógica de los hechos, ponen sus esperanzas en el buen gobernante, en la ley equitativa, en la justicia justa, como si cuanto ocurre ahora y ha ocurrido siempre fuera accidental y no de esencia. El argumento se repite hasta la saciedad.

"Nosotros haremos..." "Nosotros queremos..." "Nosotros impondremos..."

Y vuelta siempre a repetir la añeja historia. Los que vienen después hacen lo mismo que los que vinieron antes.

Es la promesa eternamente incumplida. Es el engaño por hábito, por rutina. Es la gran mentira creada por todos los embusteros, por todos los embaucadores, por todos los vivos de todos los tiempos.

Y aún hay en las filas del proletariado, quién habla de la acción directa, de los medios políticos! Se necesita frescura para disfrazar de tal modo la realidad.

Porque no hay nada más reñido con esas dos palabras, acción directa, que la monserga electoral, la pantomima legislativa y la falacia parlamentaria.

El creyente implorando a su Dios agua para los sedientos campos, es algo más lógico que esos revolucionarios de pacotilla que impetran de su amo—la burguesía—leyes protectoras del obrero, justicia para el que trabaja, libertad para el que lucha. El largo rodeo del voto, la diputación y la pragmática para llegar a la igualdad social, a la propiedad común, a la libertad individual efectiva, es lo menos congruente con la finalidad socialista revolucionaria. El voto suppone, implica abdicación; la repre-

sentación parlamentaria es abandono de poderes, encumbramiento de señores; la ley, sometimiento y servidumbre. Por estos caminos se llega directamente a la esclavitud voluntaria, no a la emancipación.

Los tiempos heroicos de la democracia, del idealismo revolucionario, justificaban el candor popular que esperaba el maná de sus futuros, honrados, buenísimos gobernantes. La experiencia no estaba hecha.

Pero a las alturas de ahora, escandalosamente depravada la política, puestos en la picota hombres y programas, convencido todo el mundo de la burda trama en que descansa el andamiaje estatista, no hay nada que explique si hombres que se dicen revolucionarios y comunistas. ¿Persisten por convencimiento? ¿Persisten por habilidad?

Por rutina persisten los honrados; por viveza los granujas.

El campo de la lucha social se ha trasladado a las fábricas y a los latifundios.

La acción directa es de esencia económica. En vano será que se pretenda renovar, purificar, la acción política, que es de creación netamente burguesa.

El poder de la rutina hará lo suficiente para que, de momento, la preponderancia de los medios políticos parezca imponerse. Más a la postre, como el mundo marcha a la completa transformación del organismo social y económico, y ello implica la muerte del organismo político, la preponderancia efectiva será para los medios económicos y sociales, que son los verdaderamente directos y congruentes con el carácter de las luchas de nuestros días.

Fatalmente la verdadera revolución será anti-política. El lenguaje del anarquismo de todos los tiempos, lo confirma, al proclamar repetidamente la necesidad de una revuelta social.

Los medios eficaces y conducentes a este fin, ¿cómo pueden ser de colaboración política y de intervención parlamentaria sin autonomía manifiesta?

Participar en esta acción es confirmarla y robustecerla, y la obra del proletariado es y será de negación y de aniquilamiento de todo el sistema de explotación y de gobierno.

Sólo la ceguera puede sostener lo contrario.

RAUL

LA PRIMERA HUELGA

La plebe de Roma estaba cansada de trabajar para exclusivo provecho de los patricios dedicados a consumir lo que el esfuerzo de los demás producía.

Un día abandonaron todos la ciudad y se retiraron al Monte Sacro, que servía de Casa del Pueblo en aquellos tiempo en que aún no se habían inventado estas instituciones.

Fué la primera huelga general. Los patricios quedaron en la ciudad aterrados. ¿Qué hacer?

La primera idea que a todos se ofreció fué, naturalmente, vencer a los rebeldes con la fuerza. Pero bastaba echar una ojeada a la situación, para abandonar tal propósito. Los patricios tenían armas; pero los proletarios tenían músculos. Aquellos tenían el prestigio social; pero éstos el número. Aquellos, orgullosos, despreciativos, desesperados, cansados de sufrir, resueltos a mejorar su condición o a morir. Verdaderamente la lucha no prometía la victoria a los señores.

Un astuto senador propuso que se tratase con los rebeldes y reconducirlos a la obediencia por la persuasión, fué aclamado.

Era este senador el viejo caballero Nenemio Agripa, tan buen diplomático como soldado; tan hábil como valeroso; inmediatamente se llegó hasta los plebeyos, que le acogieron con un silencio hostil.

Ofreciase sonriente, con aspecto bonachón, con la palabra tranquila. Les saludó con la mano y les dijo:

—Escuchadme, queridos amigos: habéis hecho una verdadera niñada. Os quejáis de ser solos en el trabajo, mientras nosotros disfrutamos; pues bien, yo quiero contaros una fabulita.

Una vez, los cuatro miembros se revolvieron contra el estómago.

—¿Qué!—se dijeron—Nosotros trabajamos, nos fatigamos, y solamente el estómago disfruta? ¿Es justo esto? ¿Por qué ha de ser él quien únicamente goce de las cosas buenas, y nosotros nos quedamos sin nada de cuanto le procuramos? Esto debe acabar." Y los cuatro miembros se declararon en huelga, no llevando en adelante más alimento al estómago, gozando en hacerle pasar hambre.

Pero su satisfacción duró poco.

El estómago, en verdad, permanecía vacío y sufría; pero los miembros dejaron de recibir el jugo nutritivo elaborado por el estómago, y enflaquecían, se debilitaban, caían flojos e indolentes.

Por fortuna, se dieron pronto

cuenta de su error, y con la escasa fuerza que aún les quedaba, ya a punto de morir, ofrecieron humildemente alimento al estómago, rogándole que volviese a trabajar para ellos, nutriéndoles como cuando existía buen acuerdo entre él y los miembros.

El senador calló; un murmullo de aprobación corrió por las filas de los huelguistas. A media voz, decíase en los grupos: "Habla bien el señor; tiene razón."

Pero un viejo llamado Sannita, de aspecto pálido, por las largas vicitudes, de mirar triste, avanzó hasta el elegante orador de palabras melosas y dijo con voz que revelaba antiguas cóleras:

—Señor: Yo no poseo, como tú, el arte de tejer artificiosamente un discurso porque soy un pobre trabajador sin instrucción; pero, aún así y todo, voy también a contarte un cuentecillo:

Vivía en cierta ocasión un hermoso y robusto carnero, que hubiera podido ser feliz si no sufriese el tormento de los animales parásitos. Estos perniciosos insectos penetraban en su carne, chupaban su sangre y engordaban a sus expensas. Por mucho tiempo, el carnero sufrió en silencio, pues siempre había vivido alimentando a sus atormentadores, y todos sus camaradas de rebaño se hallaban en las mismas condiciones que él, como si creyesen que las cosas debieran suceder así necesariamente. Pero un día en que las picaduras de los parásitos se hicieron demasiado crueles, el pobrecillo, sintiéndose desfallecer de dolor y debilidad, lanzó un halido de rabia y llamó a sus compañeros.

"Amigos—les dijo—somos demasiado estúpidos dejándonos chupar la sangre y torturar por esos parásitos. Arranquémoslos de nuestros cuerpos."

Súbitamente, los alimalitos alarmados se pusieron a protestar.

"¿Cómo—vociferaban—Os rebeláis contra nosotros, ingratos y villanos? ¿No comprendéis que formamos parte de vuestro cuerpo, que somos órganos necesarios para vosotros, como las pupilas a los ojos? ¿Habéis visto jamás un carnero sin nosotros? Sin nuestra compañía no podríais vivir. Arrancarnos sería mutilaros. Nosotros..."

Pero no pudieron acabar. Ya los carneros habían prendido las repugnantes garrapatas con los dientes, las habían arrancado de su cuerpo ulcerado con sus pezuñas vengadoras. Entonces, hasta los carneros más irracionales, comprendieron que semejantes insectos no son más que bichos asquerosos y dañinos que no se debe consentir

DISQUISICIONES SOBRE TEATRO

I.—EL PRIMER REPARO.—ORIGINALIDAD

El señor Gildás Letarnec ha publicado en el número 90 de "Claridad", una crítica al teatro, o mejor dicho, un toque funerario para el teatro que agoniza.

El primer reparo que pondremos al articulista, es su oscuridad. Hay tanto desconcierto en la exposición, que se llega a creer que el autor ha querido ofrecernos un "péle-méle" afebrador.

¿Cómo habríamos deseado que nos hubiera ofrecido su trabajo en fragmentos, separando en capítulos apartes las causas de la decadencia del teatro, la decadencia misma, y su ideal de teatro en el futuro! Pero no, el autor nos ha regalado con un almácigo de juicios y propósitos que se atropellan y corren por las columnas como manada a campo traviesa.

Hay que tender siempre—en cuanto se haga crítica—a presentar las cosas en forma clara y comprensiva. Para lograr esta disposición consoladora, se requiere dividir un trabajo en capítulos que encierren grupos de ideas afines. Dan una sensación de armonía tan agradable las versalitas negras, que jaquean y facilitan el pensamiento del autor, y por el contrario, desaliñan tanto el ánimo, los artículos enmarañados y amorfos.

Fuera de objeciones, hay sin duda en el señor Letarnec un escritor nervioso y original; disparateo, logrará si, darnos siempre figuras extrañas, y su prosa tiene arrestos de estilos nada comunes.

Confesamos que al trasladar estas observaciones, nos ha aguijoneado varias veces la duda de estar siendo burlados por el señor Letarnec, quien se daría el placer de hacer humorismo a costa de los lectores inexpertos.

Pero tal vez no hablamos con exactitud, porque, ¿qué humorismo hay en el artículo del señor Letarnec? No es el humorismo siglo veinte—filosofía del llanto y de la risa—del cual se hace mantenedor Pío Baroja. Y fuera de ese, nosotros no reconocemos otro humorismo.

Y a qué buscar de hacer humorismo en un artículo, que por otros aspectos puede ser considerado como crítica sincera? Estas consideraciones nos han hecho desear la idea de que el articulista hubiese tenido la intención de solfearnos.

II.—LA CRISIS DEL TEATRO

En los últimos años los críticos de ideas nuevas, se han emulado recíprocamente para dar golpes de zapa al teatro contemporáneo. Columnas y columnas se han pergeñado para recalcar la de-

llevar encima a ninguna costa.

Los plebeyos, entusiasmados, alzaron en sus brazos al viejo Sannita. Nenemio Agripa tornó a Roma mortificado, y los patricios se vieron en el trance de aceptar todas las condiciones—modestas por cierto—de los huelguistas conscientes de su fuerza.

Max NORDAU

cadencia del teatro, para acorrallar-lo en su pobreza y monotonía. En el fondo de este empeño hay una profunda razón. El teatro de nuestros días ha llegado a un grado tal de desarrollo, en que no da más de sí: o toma nuevos rumbos o muere de inanición.

Para muchos este aserto puede parecer antojadizo, una mirada muy somera al teatro, en los distintos países, nos demostrará lo contrario.

En Francia, el teatro languidece estrangulado en un círculo férreo: todo se reduce a manosear hasta la majadería el problema del adulterio. Henri Bataille y Porto-Riche—lo más representativo—no nos dejarán mentir. En España Benavente y Linares Rivas se agotan el medollo, tratando de desmoronar pequeños prejuicios religiosos y sociales; los otros hacen astracanas de venteros.

En los demás países el teatro se manifiesta esporádicamente en un Shaw o en Strindberg. En América ha prendido un teatro heroico de propaganda social, que hace declaraciones de principios, que som para dichas sin intriga. En nuestro suelo—¡Dios nos proteja!—los autores nacionales se torturan por dar la razón al autor de "Juventud, Egotría." Y así...

¿A qué se deberá esta decadencia vertiginosa?

Algunos críticos la atribuyen a falta de inventiva, a crisis intelectual. Los más nuevos se manifiestan apologistas de un teatro libre, que no embote tanto la originalidad, van desde un simbolismo pálido hasta el tactilismo estupefaciente. Nosotros creemos que el teatro decae por haberse embancado sobre la realidad epidérmica olvidando el aspecto íntimo de ésta, regido por una lógica difícil de sorprender, y que se manifiesta a primera vista en forma figurada.

Pues bien, es hacia esa manifestación nueva y arbitraria que el teatro debe encaminarse, en busca de un aspecto recóndito del arte escénico.

Ese teatro se encuentra en germen en Rostand, en algunas obras de Benavente, y sobre todo en Maeterlinck. Pero ellos son los que se quedan y agitan el pañuelo, saludando a los que van en busca de un nuevo rumbo...

III.—LA OPINION DEL SEÑOR LETARNEC

Tarea azarosa es la de sintetizar la opinión escurridiza de nuestro comentado. Hablará él. Dice: "El teatro ha representado y sigue representando la discontinuidad de la vida humana." He ahí su definición, y al mismo tiempo el primer reproche que hace al teatro. ¿Se imagina el señor Letarnec que es lógico su reparo, cree que si el teatro representase la vida en toda su integridad sería un arte? Nó señor, haríamos del teatro otra vida simiesca y paralela a la nuestra. En tanto, la esencia misma del arte es alterna y repudia la continuidad. En su sentido íntimo es un conjunto selectivo de momentos emocionales y cerebrales. El teatro no podría hacer excepción.

Don Gildás Letarnec ha doblado por primera vez...

Volviendo a nuestra idea de que el teatro ha de ser cada vez más

LA VIDA LEJANA

EL SUEÑO

Luego, fatigado de meditaciones, me arrastraba hasta mi lecho de mantas. El frío tiritaba en mi cuerpo; y voloteaba sobre mi cabeza, tocándome los párpados, la alucinada mariposa del sueño. Ponía la sien sin lastimarla sobre mis almohadones rústicos, y de repente, me dormía. El campo del sur, aquella carpa abandonada y latiente, yo mismo, pobre hombre orgulloso y solitario, todo era, en mi sueño, un gran barco incendiado que atravesaba y dividía la ola negra de la noche.

HORA FLUVIAL

Me fui tendido sobre el techo de los camarotes de segunda, recibiendo el sol en la espalda y el viento en la frente. Un río ancho, liso, orillado de malezas de un verde sombrío. Pájaros del agua, siempre huyentes, sumergiéndose en la boca del río. Luego, a lo lejos, las tierras sembradas arqueándose y moviéndose en el lomaje infinito. A veces una bandada de aves cruzaba el río y más y más se alejaba dando gritos tristes que caían al agua como piedras reblandecidas.

EL INFINITO

Pero, como aleteando entre la corriente y el cielo, surge una música, a mi lado. Un aire que se queja, y que huye. Algo simple y que siempre triza una nota de nostalgia aulladora. Más allá de este río, de esta tierra. Más allá de mi corazón quebrado, más allá, amigos. Una lengua infinita me lame y me oprime, un brazo hecho de árbol y de agua me ciñe como un cinturón, un sentimiento ajeno me desenfrena, una boca desconocida me dice.

—Es un acardeonero ambulante. Se llama Zoemir.

He llorado, con un hombre desconocido, tendido sobre un camarote, allá lejos.

ARABELLA

No debiste amarme, Arabella, no

debiste amarme. No ibas a dejar huella en mi mirada en fuga, no ibas a enterrar tu inicial en la greda pálida de mi camino, y me amaste, Arabella, aún me amas. Sólo míos fueron tus ojos azules, tus trenzas amarillas, por mí desatadas en aquella noche, y en aquel invierno. Para mí sólo deben ser tus crepúsculos, cosiendo sin compañía, ahora que otra lluvia cae, como entonces, sobre tu techo, en el puerto. Te acuerdas del viento siniestro que entraba, en las noches, por la ventana rota?

No debiste amarme, Arabella, para qué me amaste.

LOS COMPAÑEROS

Además de Zoemir, y de Arabella, unos amigos tuve, que acuerdo con las cosas queridas de ese tiempo. Fueron unos fleteros, alegres y borrachos, que principiaron por adularme, después se burlaron de mí y terminaron por quererme mucho. Después del trabajo, nos juntábamos, y sobre un bote a la deriva, unos cantaban, otros conversaban de temas familiares, y otros dormían. Cuando oscurecía, no nos veíamos; sólo el fuego diminuto de los cigarrillos parecía vivir; y sin darnos cuenta, callábamos todos, nosotros también, en la callada noche infinita.

Buenos muchachos; un día, pescando, se ahogaron dos. Eran los que yo quise más.

Pablo NERUDA

Suscripciones a Claridad

Chile
Por un año..... \$ 10.00
Por medio año..... 5.00
Exterior
Por un año..... 15.00

Colecciones completas del año 1921 se encuentran a la venta al precio de 10 pesos cada una.

Toda correspondencia dirijase a

CARLOS CARO
Casilla 3323 — Santiago

extraño a la realidad inmediata, aseguraremos que tanto más se adentre por su nuevo derrotero, menos ha de reflejar la totalidad de la vida ambiente.

Anotemos que el articulista no quiere averiguar la causa de la decadencia del teatro, sino que desea que perezca por unilateral, "por velar la vida y ahogarla en atroces crepúsculos."

Cualquier lector bien intencionado alentará la esperanza de que el articulista confíe en su ideal de teatro futuro, después de haber anatematizado tan rotundamente.

Nada. El es un negador incansable, quiere que el teatro se destruya y su idea de instituirnos en herederos del teatro dispersado por su mano iconoclasta es una nueva y sarcástica destrucción. Dice: "Cuanto tiempo hace que pudieramos haberlo destruido y no lo hemos hecho, porque somos granos eternamente acoplados, porque so-

mos siameses de las grandes utopías." Y después: "Combatamos al teatro, constituyamos un teatro en nosotros mismos." Invenciblemente volvemos a pensar en una humorada...

Por todos los caminos Letarnec llega a la negación del arte, por todos los caminos llega a Nihil.

Al afirmar que hagamos teatro del individuo y para el individuo, niega todo posible resurgimiento del arte en bancarrota. Por una generalización lógica negará el resto de la literatura, la música, etcétera, y por último el arte como manifestación extra-individual.

Largo sería seguir al señor Letarnec en sus síntesis abismales, en sus esguinces de pensamiento que turban y desarticulan la más ponderada reflexión, pues todas ellas confluyen a un impulso anonadador.

Fortunato COFIGUAL

La Descomposición Moral de un País

APUNTES Y OBSERVACIONES

El Director del Pedagógico. Uno de los mejores casos sintomáticos. Hará cosa de seis meses que vacó en definitiva la dirección de aquella escuela universitaria. Como se habian entonces tan de moda los problemas educacionales, no faltó ciertamente boquirrote que no opinase sobre los méritos que debería reunir la persona encargada de dirigir aquel plantel, sobre el cual, por otra parte, parecía estar pesando una larga jettatura espantosa, como que sus dos últimos rectores habían sido un taquígrafo y un lingüista—es decir, justamente lo antitético de una sólida cabeza organizadora.

¡Pero qué importaba! Ahora el juicio era universal y todo se iba a enderezar: el Pedagógico era el más valioso laboratorio educacional y su jefe no podía ser cualquier estropajo burocrático, solemne y vacío. Antes bien, era premioso buscar algún recio varón de mente acogedora y alma fervorosa, etc., etc. Hasta el Presidente de la República (claro, ¿cuándo hubo sermón sin San Agustín?) se permitió un día insertar en la prensa tamaño epístola, en la que públicamente afirmaba estos mismos conceptos. ¿Podía pedirse algo mejor?

Pues bien, otro día le presentaron a este funcionario, para su designación, el nombre de cierto sedudo sabio teutón, co-fundador del Pedagógico y autor de una infinidad de volúmenes, pero el Primer Magistrado rechazó con indignación siquiera la posibilidad de tal nombramiento. Aquel sapiente anciano no llenaba los altos atributos exigidos (y además no era chileno...): bien podía entonces continuar, en el silencio de su anonimato, entregado a su inofensiva manía de recolectar bichitos raros y hierbas medicinales...

Estas declaraciones, armaron ¡claro! una grito horrenda, pero en general la gente, filosóficamente, se dijo: ¡vaya! al tercer año de gobierno, este Presidente se inicia realizando lo que promete...

¡Vana ilusión! Han pasado desde entonces, lentamente—ancianos desvalidos—muchos días y muchos meses; la designación anhelada no se ha hecho, y entretanto, desde Diciembre último, se encuentra al frente del Pedagógico, dirigiendo su desorganización tremenda, una persona que si para algo vive todavía, debe ser sin duda para vergüenza de los demás hombres: Don Enrique Nercasseau y Morán, católico y purista.

A pesar del lapidario juicio de Mac-Iver que pesa sobre él—"Nercasseau es el hombre que sabe mayor cantidad de cosas inútiles en Chile"—, nosotros no osamos discutir sus merecimientos intelectuales. Puede este valetudinario sapientísimo conocer a maravillas el idioma, y haber compuesto espléndidas Crestomatías, y traducido primorosamente a Merimée, y hasta asegurar que nuestra Mistral vale lo que la Papisa Juana; puede todavía este gramático furibundo saber mejor que nadie porque uno debe decir jardinera y no góndola; cubilete y no cacho; tinglado y no garage; piloto y no chauffer; emparedado y no sandwich; más aún, puede hasta ser autor, a semejanza

del chusco andaluz de la comedia quinteriana, de voluminosos tratados sobre el Dativo Lá, o las diferencias que van del Lé al Ló. Puede el señor Nercasseau saber eso y mucho más. ¡Qué se le va a hacer, después de todo, a la paciencia obstinada y al talento detallista!

Pero nada, absolutamente nada de eso vale entretanto, para compensar lo que el señor Nercasseau no tiene y acaso no ha tenido jamás: compostura moral, decencia, limpieza espiritual.

¿Quién es, en efecto, este caballero, visto con la pupila desnuda y descrito en un lenguaje limpio de todo tapujo y eufemismo? Hemos de decirlo: un ebrio consuetudinario, que no obstante todo su equilibrio cerebral de intelectual remolón e hispanizante, jamás logra conservar en la calle pública el otro equilibrio—el corporal—y como un simple derivado de auello, un purulento además, cruzado de vendas, que hace pensar a veces, con horror en el santo terror de Huss.

Pero ¡ay! esto no es todo: el actual Director del Pedagógico ostenta también otra mancha que ofende y repugna como la que más: la de su lubricidad senil! Porque en efecto, quienquiera que haya asistido, una vez siquiera, a las lecciones de este anciano—a quien por otra parte deseáramos ciertamente ver limpio y respetado—sabe que invariablemente comienza él por guiar la atención de sus cventes hacia los pasajes más cálididos de la obra en lectura, para continuar en seguida alardeando de que a él, por fortuna, ningún vicio, en absoluto le es extraño; y para concluir por último—¡ira de Dios—recorriendo con sus torvas manos chuñuscas los brazos desnudos de sus alumnas más agraciadas.

¡Terrible caso, pues, el de este septuagenario que supo, con admirable destreza, vencer todos los vicios... gramaticales, pero en quien también todos, pero todos los peores vicios mundanos han sabido arraigar con furor!

Es ingrato en realidad, tener que ocuparse de estas cosas, pero es también indigno silenciarlas nada más que para acatar la sucia hipocresía farisaica que preside todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva. Y lo es más, cuando estas situaciones ocasionan daños apreciables con sólo mantenerse, y cuando su generación sólo ha sido posible por la cobardía de unos—los que las sufren—y por la invencible afición a la mentira y la doblez de los otros—los que las crean.

Porque, como es notorio, el proceso que siguió a la esperada declaración de acefalia de la Dirección del Pedagógico fué el de siempre: muchas declaraciones ampulosas, cartas que van y vienen, copiosa formulación de buenos propósitos, para luego ver, con dolor, que todo eso era nada: fuegos artificiales, polvareda, humo, etc., o lo que es, tal vez, peor: el nombramiento de un macaco libidinoso y averiado para jefe de la propia casa donde se plasman, momento a momento,

PALABRAS DE ADIOS

Es verdad, pobre fea; yo no quiero decirte adios! Me voy de Chile para no volver más; pero al pasar por todas las bahías del mundo, como si fuera huyendo de tí, miraré atrás.

Tristeza de alejarme, de perderte, y de verte algún día en el fondo de mi vaso de ron. Tristeza del recuerdo de la primera cita y tristeza de nuestra última noche de amor.

Mujer: yo no sabía la bendita amargura de besarte los ojos y la boca, sentir alejarse mis ojos y cerrarse tus párpados como pañuelos tristes, en la tarde, al partir.

Cómo no he de sentirte más lejana y perdida; tú lo sabes; yo tengo la tristeza ancestral de todos los que llegan a los puertos sombríos y se van para no volver nunca más.

Fea; pobre mi mujer fea. Me angustia tanto ahora el pensar que te quedas, mirando hacia la mar! Tus ojos han de irse tras de mi viaje, como los pájaros que siguen los barcos, sobre el mar.

RUBEN AZOCAR.

las conciencias orientadoras del Chile futuro!

¡Y si esto, fuera, en realidad lo peor! Pero no lo es. Porque, como se ha visto, nadie ha sabido hasta aquí decir, frente a esta desverguenza grosera que dura ya medio año, la obligada palabra viril de condenación.

Aunque es también explicable que lo uno ocurriera a continuación de lo otro. ¿Quién puede decirlo, en efecto, con altura y eficiencia, en una pobre nación de gobernantes sin ideales, de funcionarios contentos y de ciudadanos indiferentes, extraviados si no en el escepticismo, en el cansancio o la abyección?

A. V. C.

Santiago, Junio 12 de 1923.

NO SE ARREPENTIRA UD.

Si compra su calzado en la Zapatería

'EL SOVIET'

Casa N.º 1 | Casa N.º 2
SAN DIEGO 658 | SAN DIEGO 428

NOTA. — A toda persona que presente este aviso

EN LA ZAPATERIA EL SOVIET se le abonará 1 PESO por cada par de zapatos que compre.

Saavedra y Friedmann

MECÁNICOS ELECTRICISTAS

Gaupolicán 2876, esq. San Alfonso

Instalaciones y reparaciones de luz, motores, instrumentos y artefactos eléctricos. Radiotelefonía. Motores a explosión.

Trabajos de Mecánica en general

HACEMOS PRESUPUESTOS Y PLANOS

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Reveses y Vejece de la Política

Hay un punto de semejanza notoria entre las chimeneas de los hogares y los partidos políticos. Cuando se acerca la hora de las meriendas, se coronan igualmente de un penacho de humo. No es, por cierto, una semejanza que llegue demasiado lejos.

Los tranquilos obreros que ven el humo en la chimenea de sus casas, llevan, marchando hacia ellas, una seguridad jamás defraudada. Aun escasos y pequeños, allá les espera el plato caliente y el pan bueno. Al conducirles, se diría que sus pies son sabios; que su ansiedad es inteligente, y es innegable que ellos mismos son hombres de buen sentido.

A su turno, el penacho tradicional se eleva por encima de los tejados que cubren la casa común de los políticos. Se acerca la hora de la merienda. Hay que llamar a los pupilos y reunirlos. Todos se hallan dispersos, distantes y atareados; pero esta chimenea tiene una organización admirable; nada en ella se pierde. El hollín del humo es aprovechado y produce una excelente forma de reclamo: va a ennegrecer las páginas albas y se traduce en manifiestos, proclamas, proyectos; aparece en las columnas de los diarios. Los tranquilos obreros,—la gran masa soberana y ausente—leen, comentan, se emborrachan con el humo, se agitan y marchan. Van, hacia la panacea, hacia Jauja, hacia el Eden. Lo mismo que para ir a sus casas, este camino lo recorren siempre: ayer por "reformas sociales" por la "equitativa distribución de los beneficios y las cargas públicas" por la "reivindicación de los pobres", por la "justicia" por el "amor fecundo". Hoy lo recorrerán por la separación de la Iglesia del Estado, por el triunfo de la democracia, por la próxima realidad del comunismo. Pero a la postre, resulta que fueron parroquianos de pega; que en la merienda los necesitaban, pero no para que merendasen. Soñaron en Jauja y despertaron, como siempre, tirados en el arroyo. El humo, el hollín, las proclamas y los proyectos, eran escaramuzas. Mas, no hay cuidado; ya volverán a emprender el camino. La experiencia los hace testarudos. Y siempre son más papanatas que la última vez.

Tan interesantes como las escaramuzas de los partidos, son las de cada hombre político. Frente a ellos, los tranquilos obreros parecen culminar en bonachona barbería. Desde que un interés advenedizo los metió a representar la escena cívica del voto electoral; desde la segunda hora de la República hasta la que oyó el verbo heroico de don Arturo Alessandri, los tranquilos obreros vienen siendo para cada político, los más constantes, los más fervorosos y hasta los más abnegados parroquianos de pega.

Los tranquilos obreros se engañan siempre, y siempre aguardan al que lleva la túnica del Mesías, al que les hará soñar en el paraíso. Y el despertar es eternamente el mismo.

Menos mal: los políticos suelen

—aunque rara vez—engañarse. El Mesías suele fallar en habilidad y mostrar bajo el disfraz de la túnica, el barro del aventurero o la cicatriz de una vieja llaga. Entonces el que comenzaba a ser ídolo comprende que a perdido la partida y va a acogerse a un medio-cre silencio donde espera el olvido y fragua el mecanismo de su próxima escaramuza, de su reaparición en el campo en que, vestido de nuevo salvador, volverá a escamotear promesas y a saltar por el aro de la esperanza.

* * *

Un revés de audacia, un paroxismo de osadía proyectados sobre toda su función de Ministro, hizo rodar a don Héctor Arancibia Laso hacia el muro tras el cual se recomponen silenciosamente las coyunturas deshechas por las caídas. Estaba a la diestra del Padre, y cuando el Padre descendiese, él ocuparía su puesto, él, que en la llanura de los combates condujo a los ejércitos hacia el resplandor victorioso de la gloria.

Embriado de su fuerza y de su audacia, se perdió en desbordes inauditos. Ante Carlos Vicuña Fuentes, grande y puro, que caía en sacrificio a las ambiciones de los Ministros de la Alianza Liberal; frente a Antonio Pinto Duran, víctima de un evidente despojo; en grosero desafío a los más áridos problemas; la cesantía obrera, la huelga carbonífera, la viruela epidémica, la miseria, el hambre, don Héctor Arancibia Laso dejó ver su más sincero, su más genuino recurso de solución: en sus manos, el garrote; en las de los carabineros, la bayoneta y la bala con orden imperativa de funcionar.

Los tranquilos obreros se quedaron espantados; los burgueses, atónitos; subió el cambio.

Pero don Héctor se despeñó. La cumbre próxima y accesible, huyó como un vano sueño. La realidad se le hizo hostil y la esperanza, nebulosa. El manto de indemnidad que el Padre había puesto sobre sus hombros no pudo sostenerse y cayó a sus pies. Don Héctor, sombrío, áspero, con un gesto de rebelión contra lo que no podía comprender y que no comprendería talvez nunca, regresó a su puesto de segundo término. Al andar iba moviendo las piernas y los brazos como un atleta rabioso. Sus ademanes y su indignación eran una paradoja. Hería de sarcasmo y daba una extraña pena.

El Padre lloraba en silencio.

A. NOBRIAN

Sastrería CHILE

ALEJANDRO CEPEDA

San Pablo núm. 1139, entre Bandera y Morandé.—Santiago

Casimires nacionales y extranjeros. — Materiales de primera. — Precios económicos. Recibo hechuras.

LA TORRE DE MARFIL

Lástima es que se metan a escribir los que no saben, y mayor lástima que abandonen la pluma los que podrían manejarla. El inepto, a fuerza de trabajar, se hace menos inepto. A fuerza de caminar, aunque sea a ciegas, algo alcanza. Los tropezones le guían; los fracasos le enseñan, y, en todo caso, resta el recurso de no leerle y de negarle la circulación y el aliento. Pero el talento ocioso disminuye, y no hay defensa contra los daños que causa la esterilidad. El necio charlatán nos fastidia; el sabio que calla, nos roba.

Estos avaros de su inteligencia, estos traidores de su fama, se dividen en dos clases. Los unos pretentan que el oficio de las letras es criadero de pobres, y prefieren lucrar en un rincón. Con tal de cenar, renunciarían a conducir el "Quijote." Los otros, enredados en su pereza, dicen que se preparan, que aún es tiempo, y que de no producir cosas notables, mejor es no producir cosa alguna.

La defección de los primeros no es tan calamitosa como la de los segundos. Debemos desconfiar de los que no estiman bastante su carrera. Entre escribir y ser ricos, eligieron ser ricos. Demostraron que no merecían ser escritores. Nacieron verdaderamente para picar pleitos o para vender porotos o, lo que es peor, para mandar. No lloremos demagógicamente la fuga de los infieles al ante que se acomodan con el destino de un Rothschild, y llamemos a la torre de marfil donde se encierran los indecisos:

—¡Salid! Perfumemos los pies en el rocío de los campos. Descubramos lo que el monte oculta. Viajemos.

—Nuestra torre es muy bella.

—No hay cárcel en ella.

—Estamos cerca del cielo.

—¿De qué os servirá lanzar al cielo vuestra simiente, si no cae a tierra? Sólo la humilde tierra es fecunda.

—El polvo nos asfixia. El pataleo de la plebe nos da asco. El sudor de la soldadesca hiede. La realidad mancha y aflige: es fea. —Porque no sois bastante agudos para penetrar su hermosura. El mundo os abrumba, porque no sois bastante fuertes para transformarlo. Os parece obscuro y triste, porque sois antorchas apagadas.

—En cambio, nos entregamos al maravilloso resplandor de nuestros sueños.

—¿Qué valen nuestros sueños, si no los comunicáis? Hacadlos universales y los haréis verídicos. Mientras los guardéis para vosotros, los tendremos por falsos.

—Nuestras ideas solitarias batan sus alas en el silencio.

—Ideas de plomo, incapaces de marchar diez pasos. Alas de gallina. De los muros de vuestra torre de marfil, nada se desprende, nada parte. Decoráis vuestro egoísmo: bostezáis con elegancia. Complacéis vuestra inutilidad. Prisioneros del humo de nuestra pipa, confundís la filosofía con la "toilette", el genio con la pulcritud. Tomáis la timidez por el buen gusto; envejecéis satisfechos de vuestros modales. Alejados de la ciudad nadie os busca porque nadie os necesita. Sois muy distinguidos: os distingue vuestra debilidad. Desdeñáis; pero ya se os ha olvidado.

—El presente nos rechaza tal

vez, por no doblegarnos a sus exigentes miserias. Nos refugiamos en el pasado. Somos los eruditos de la tumba. En nuestras salas, vagan los tintes tenues de los venerables tapices. La claridad discreta de las lámparas de bronce arranca un noble relámpago sombrío a las armaduras milanesas, y en la paz nocturna, sólo se oye el pasar de las rígidas hojas de pergamino bajo nuestros dedos pálidos, donde brilla un sobrio y denso sello antiguo.

—Os refugiáis en el pasado, como muertos que sois. Si estuviérais vivos, os refugiaríais en el porvenir. Desenterrad en buena hora, más no cadáveres. Resucitad a los difuntos o dejadlos tranquilos. ¿Para qué traer su padre al sol? Ya que tanto afán tenéis en frecuentarlos, id vosotros a ellos; huid a la región de la eterna sombra. Mas si os decidís a vivir con nosotros, vivid de veras no en simulacro; vivid en vida no en muerte. Respirad el aire de combate común y empezad vuestra propia obra.

—La queremos perfecta. La perfección a que aspiramos nos paraliza. Apenas trazamos una línea, nos detenemos, porque la reputamos indigna de nuestro ideal. Lo perfecto o nada.

¡Suicidas! Lo primero y lo último y lo perfecto es vivir. Esa perfección es una forma de egoísmo. Ansiáis lo perfecto, es decir, lo acabado, lo intangible, aquello en que nadie colabora ya, aquello a que nadie llega, lo que aparta y humilia, lo que os eleva y aísla, el mármol impecable y frío, la torre de marfil. Por aparecer perfectos según vuestros patrones del minuto, os inutilizáis y mentís. Atentáis a la secreta armonía de vuestro ser, destruí en vosotros y alrededor de vosotros, la misteriosa, exquisita, salvaje belleza de la vida.

Sobre lo perfecto está lo imperfecto. Sobre la augusta serenidad de las estatuas, hay que poner nuestros espasmos y nuestros sollozos y vuestras muecas de criaturas efímeras. Llevad vuestra alma, encontradla y dadla toda entera, con sus grandezas y con sus bajezas, con sus fulgores sublimes y con tinieblas opacas, con sus cobardías y hasta con sus monstruosidades. Libertaos de vosotros mismos y os salvaréis y nos salvaréis a nosotros. Habréis aumentado la sinceridad y la luz del universo. Abrid la mano del todo, ¡oh sembradores! Que no quede en ella un sólo germen.

Rafael BARRET

EDITORIAL "CLARIDAD"

Ya está en prensa el cuarto folleto de esta Editorial, titulado

Sindicalismo y Organización Industrial

Por M. J. Montenegro y J. Gandulfo

PRECIO: 40 Centavos

Apresúrese a hacer los pedidos a Casilla 3323, Santiago.

A LOS AGENTES 25 POR CIENTO DE DESCUENTO

REFLEXIONES SOBRE INDIVIDUALISMO

Se ha disertado mucho sobre el individualismo y se ha llegado con frecuencia a embrollar la cuestión o a deducir las consecuencias más contradictorias a las premisas planteadas. Es lo que sucede siempre cuando bajo la égida de autoridades intelectuales—y en el caso de que trato son generalmente Max Stirner y Nietzsche—se quiere elaborar una doctrina que benévola se supone nueva, pero que no es, después de todo, sino la exageración de reflexiones a menudo felices, que presentan no obstante una singular rigidez doctrinal.

Codificaríamos con gusto los aforismos de ciertos filósofos si osáramos admitir una codificación cualquiera.

Esta manía de querer instaurar dogmas nuevos, valiéndose siempre de fórmulas fuertemente alambicadas, denota un estado de espíritu especial, una forma del autoritarismo tan intolerable como el autoritarismo mismo, que pretendemos minar en sus bases más profundas.

De ese modo la idea individualista aparece como la idea pura, la idea sublimada, generatriz de los super-hombres. Más ¿no será esto una simple ilusión?

Y, una ilusión ¿es otra cosa más que la consecuencia de una concepción imaginativa, sugerida por un estado de espíritu particular?

Toda idea afirmativa, religiosa, moral o filosófica, deriva del espíritu dogmático.

¿Es que las ideas absolutamente negativas, que no tienen más fundamento que las otras en sus afirmaciones, no derivan igualmente del espíritu dogmático? ¿Quién, en efecto, podrá nunca concebir lo absoluto?

Y todavía tendríamos que definir lo absoluto, ya que la relatividad de las cosas nos impediría siempre concebirlo; pues no es a su vez más que una concepción imaginativa, resultante de nuestra necesidad de resolver todas las incógnitas de los problemas científicos filosóficos y sociales, por medio de una fórmula, de una doctrina que aparezca a la estrechez de nuestra mente, como la verdad pura, establecida sobre bases sólidas e inatibiles.

Evidentemente hay que basarse sobre alguna cosa. La Ciencia, por ejemplo, nos presenta verdades, sino indiscutibles, al menos muy probables; y eso basta ya para trazarnos una vía en nuestra conducta. La Filosofía, la lógica, hasta la hipótesis, acaban de coordinar esas verdades, relativas si se quiere pero necesariamente suficientes a nuestro entendimiento y a la coordinación de nuestros actos.

Más, donde reside el defecto de nuestro espíritu, es en el hecho de que queramos apoderarnos de una idea porque satisface nuestras particulares creencias, para hacer de ella una especie de dogma.

Es verdad que hablamos a menudo de "doctrina anarquista"; pero ello constituye una simple manera de expresar un estado de las cuestiones diversas que queremos resolver. Porque yo no concibo al anarquista confinado en un mundo particular, como lo está el religioso, el dogmático, el político,

pues se hallaría bajo la dependencia de una sugestión autoritaria, lo que no sería propio de un hombre liberado, es decir, de un anarquista.

Los individualistas tienen la pretensión de constituir una doctrina que destruye toda clase de doctrinas. Mas la negación también puede ser destruida por otra negación, o mejor, la negación de todo, que conduce a la concepción del "yo", puede destruirse a sí misma, ya que nuestro "yo" está constituido por suposiciones anteriores y actuales de otros "yo" y es juguete de factores diversos que lo modifican sin cesar.

Desde el punto de vista físico, por ejemplo, ¿no estoy sometido a las influencias exteriores más variadas? ¿Y no sucede lo mismo desde el punto de vista intelectual? No pudiendo desligarse nuestro "yo" de esas influencias, y soportándolas todas más o menos, pierde naturalmente en su carácter y se forma a pesar de todo, con los diversos ambientes que le rodean. Digo más: nuestra personalidad está constituida de las recepciones físicas, intelectuales y sensoriales del exterior; por ellas se constituye y no existiría sin ellas.

A esto contestará un individualista que él intenta justamente desprenderse de ese ambiente, o al menos discernir inteligentemente las influencias buenas de las malas, someterse a aquéllas (lo que es ya hacer una concesión a la influencia del medio) y rechazar éstas.

Admitamos esta percepción aguda e inteligente de discernir las sensaciones buenas de las malas, de hacer elección de ellas para perfeccionar nuestro "yo", desenvolver sus virtualidades y convertirse en super-hombre, sueño dorado de todo individualista consciente.

Pues bien: ese cultivo, ese desenvolvimiento, serán imposibles sin una comparación entre nuestro "yo" y el de los demás. Aquél no podrá olvidar a éste y se verá obligado a impregnarse de él; pero se impregnará especialmente de los "yo" más capaces de satisfacer sus gustos, sus aspiraciones, sus anhelos...

¿Es que la propaganda anarquista no apunta a ese objetivo? Con esta diferencia, o mejor, con este correctivo: ya que debemos sufrir fatalmente las influencias que juzgamos buenas, debemos trabajar por aumentar esas influencias, por intensificarlas para hacerlas prevalecer sobre las influencias malas, a fin de que recibamos de ellas las mayores satisfacciones posibles y las causemos a nuestra vez en torno nuestro, de modo que en esta mutua educación, en esta soñada armonía, podamos dar a nuestras personalidades toda la intensidad de vida a que deben aspirar.

Y hétenos aquí más individualistas que los mismos individualistas, pues pretendemos que, para perfeccionar nuestra individualidad, es absolutamente indispensable perfeccionar las que nos rodean; de otro modo nuestro "yo" será mezquino, ya que no recibirá la suma de influencias necesarias para su desarrollo.

Por consiguiente, desdeñando las demás individualidades, conside-

rándolas despreciativamente, desde lo alto de nuestra torre de marfil en que nos encaramásemos, no aumentáramos nuestra personalidad; la disminuiríamos, por el contrario. Palidecería como la planta cuyas raíces estuvieran hundidas en un terreno que el jardinero hubiera olvidado cultivar y desembarazar de las yerbas parásitas.

Nuestros individualistas se declaran discípulos de Stirner y Nietzsche; pero un pensador, cualquiera que sea su genio, no puede concentrar en sí toda la suma de ideas esparcidas, para deducir de ellas, a pesar de una lógica implacable, consecuencias de tendencias absolutas, siquiera sea relativamente.

El cerebro humano obedece demasiado a menudo a una idea fija; esta idea fija es el resultado de combinaciones de otras ideas, y, según las proporciones más o menos grandes de concepciones diversas asimiladas por él, la idea revestirá un carácter doctrinal más o menos acentuado en uno u otro sentido, según que haya asimilado más ideas en este sentido que en el otro.

Si un químico echa en un crisol los elementos necesarios para formar un producto dado, este producto será lo que hayan podido ser las proporciones de materia echada en el crisol; si las proporciones varían, variará el producto en su textura, ya que los productos de fabricación estarán medidos a voluntad del químico.

Lo propio ocurre con el pensador; obedece a sugestiones particulares y, resintiéndose de ellas su idea, sus conclusiones serán necesariamente de la consecuencia de aquellas sugestiones.

Los individualistas experimentan la influencia de los Stirner y de los Nietzsche, que, a su vez, han sufrido influencias diversas para formar su pensamiento dominante.

¿De qué está constituido ese pensamiento dominante sino de multitud de otros emitidos por los distintos pensadores? Y si esas influencias no hubieran llevado a sus cerebros las ideas necesarias para elaborar este individualismo que se nos presenta como la quintaesencia libertaria, ¿hubieran podido concebirlo?

Concibiéndolo, han deducido de él una especie de doctrina que los discípulos, naturalmente, aumentaron y extremaron: "No queremos más arquías, dijeron, y ahí tenéis realizada una nueva arquia: la arquia individualista."

¿Qué resultó de esta concepción particular, especie de desviación del anarquismo? Que todo ha convergido hacia el Único, el "yo".

La idea fija había tomado cuerpo, se había arraigado en los cerebros, ahogando todas las demás ideas de comunismo y de liberación humana, convertidas desde entonces en viejas cantinelas. Y nuestros super-hombres se precipitaron al punto en el personalismo de la sociedad actual, llegando incluso, de negación en negación, a no considerar ya las reivindicaciones sociales, las esperanzas futuras, el

ideal, más que como quiméricos cuentos de ancianas.

Puesto que lo único existente es nuestro "yo"; puesto que todo converge hacia él, ¿a qué ocuparse de los "yo" ajenos y dedicarse a darles una mayor expansión? ¿Los "yo" ajenos! ¡Detritus humanos, o bien pobres carnes maceradas que trabajan sufren y lloran! ¿Qué me importan vuestras desdichadas existencias?

Que trabajen también esas vagas humanidades por la expansión de su individualidad, como como yo trabajo por la mía, y entonces quizá la sociedad pueda transformarse. ¡Más, eso exigirá tiempo, porque muy pocos poseen nuestra mentalidad individualista, y no se puede, de un día para otro, tener la pretensión de ser un super-hombre, como la de ser zar o mago como Peladán!

Es innegable que el individuo, en todas sus facultades, en todas sus necesidades, en todas sus aspiraciones, busca la expansión de su individualidad. Sería un ser rebajado si sacrificase a todas las cantinelas de los moralistas, de los filántropos y demás aves de mal agüero, una partícula, por mínima que sea, de su individualidad.

No ha sido creado ni puesto en el mundo para ser carne de cañón, carne de negrero o carne de placer, sino más bien para vivir su buena vida.

Tiene órganos para servirse de ellos; necesidades, para llenarlas; pasiones, para satisfacerlas; sentimientos para hacerlos valer.

¿Necesitábamos acaso de nuestros individualistas para recordarnos todo esto?

Pero su error está en que, al intensificar este punto de vista, olvidan los otros y no ven que para dar todo el desarrollo a nuestro "yo" es preciso entrar de lleno en el comunismo.

El individualismo no puede realizarse sin la aplicación del comunismo: ambos términos completan entre sí, y para asegurar el uno hay que asegurar el otro. ¿Por qué, entonces, poner de relieve uno solamente?

Se puede ser más o menos comunista o más o menos individualista, sin ser comunista o viceversa.

La vida social, hecha por los esfuerzos de todos y de cada uno, ha desarrollado nuestras individualidades.

Entro, por ejemplo, en un museo; admiro las obras maestras que penden de las paredes y ante determinadas telas permanezco en éxtasis.

La virtuosidad del colorido, la expresión viva de la vida traducida en la obra del pintor, me proporcionan sensaciones extremas y exaltan mis sentimientos artísticos. Estoy conmovido y mi "yo" tiene una hora de gozo.

Pero ¿quién levantó aquellas paredes? ¿Quién cepilló y ajustó las planchas del entarimado por donde se deslizan suavemente mis pies?

¿Quién ha practicado las aberturas necesarias para dar la luz conveniente a los cuadros que yo admi-

ro y que me permiten contemplarlos en toda su espléndida belleza...? Y luego, ¿por qué he entrado en el museo? ¿Por qué he querido cultivar mi "yo" en la atmósfera pura y vivificante del arte? ¿Quién sabe! ¿Fue acaso por la influencia del buen almuerzo consumido en el restaurant y condimentado por un cocinero sin cultura intelectual? ¿Lo fué por la del rico café sorbido en un establecimiento y servido por un pobre diablo de mozo torpe y rústico? En una palabra: una multitud de circunstancias han podido determinar mi acto, sin que pueda yo siquiera darme cuenta completa de ellas.

*
* * *

Por lo tanto, nuestros esfuerzos están íntimamente ligados a los de nuestros semejantes; el mismo trabajo se ha convertido en un hecho social, como dice muy bien Kropotkin, y el propio genio toma su fuerza en el crisol social, donde se elaboran y bullen todas las potencias de la vida.

IDEAS Y FIGURAS

NO NOS HABLE DEL ÚLTIMO CRIMEN

Ya no se puede andar por las calles, ni viajar en tranvía ni ir a visitar a los conocidos sin saber de memoria los detalles del último crimen.

En donde quiera que uno se encuentre es asaltado por la misma pregunta: ¿qué le parece eso del descuartizado?

Si uno ignora los hechos está condenado fatalmente a oír una versión y a dar un juicio. Ahora si el informante tiene cierta edad además de la versión cuenta algunos casos análogos producidos en el siglo anterior y cita relatos de los escritores policíales.

Uno no puede ni siquiera aplaudir el crimen porque inmediatamente sería tratado de inmoral. Es una situación imposible.

Para librarnos hemos tenido que leer cuanto se ha escrito sobre este asunto y no ha dejado de hacernos gracia el hecho de que ningún diario coincida en nada.

Cuando se encontró el tronco de la víctima los diarios informaron que se trataba de un tipo de piel fina y blanca. Ahora se asegura que el sujeto victimado era moreno y tosco.

Mientras no se tenía ningún indicio del victimador se habló de que había usado guantes de goma con el inteligente propósito de no dejar huellas; se habló, también, después de la autopsia de que los huesos demostraban haber sido cortados con sierra y de que el operador rebelaba la pericia de un cirujano o, por lo menos, de un carnicero.

Se pintó al asesino como un hombre de enorme voluntad y de refinada cultura. Se le comparó con algunos personajes de folletín policial. El pánico embargó a todos los desocupados.

Luego aparece el asesino efectivo o supuesto, y resulta que es una mujer. Una mujer que está muy lejos de parecerse a Hércules y de ser original en cualquier sentido.

¡Oh!, sin duda experimentamos todas las taras, todas las miserias y todas las vergüenzas de la sociedad actual; pero no podemos, sin embargo, en la hora presente, tener la satisfacción de no beneficiarnos sino con cosas buenas; eso no sería más que un egoísmo burgués, y nosotros lo condenamos.

Nuestro "yo" gozaría entonces de una situación privilegiada y nosotros no queremos más privilegios. Cada uno de nosotros se beneficia de los progresos realizados en todas las ramas de la actividad humana; pero, ¿quién ha realizado esos progresos?

Interrogad a las generaciones de trabajadores pasadas y presentes; interrogad a esos seres encorvados, fatigados, que en los campos y las fábricas nos procuran con sus esfuerzos los goces materiales e intelectuales de que tan orgullosos estamos!

Necesitamos, pues, de las individualidades que nos rodean para desenvolver la propia; y será entretanto más completa cuanto más lo sean las de nuestros semejantes.

SIMPLICE

Una noche, el marido de esta mujer, llega a su casa, ebrio, pidiéndole dinero. La mujer no lo lleva de apunte. El hombre, entonces, le da una bofetada y ella reacciona y sin darse cuenta lo estrangula. ¿Cómo si esto fuera tan fácil! Y el hombre no alcanza a dar ni un sólo grito y no logra tampoco hacer el menor movimiento. Y la gente que duerme en la misma pieza no se da cuenta de nada absolutamente.

Si se acepta esta declaración de la actual culpable, se ve claramente que los guantes de goma, la sierra, y la pericia médica son una invención de los repórters.

Luego la mujer coloca al estrangulado en un baúl. Por no sé qué razón el cadáver no conserva ninguna huella de la estrangulación. El baúl, para el caso, es como un ataúd. Y la mujer puede perfectamente trasladarlo. Después lo fragmenta y lo lleva a donde se sabe.

Existe una contradicción tan grande entre un hecho y otro que no sería difícil asegurar que todo lo afirmado es una invención y que el tal crimen es una patilla. Nosotros por lo menos creemos eso...

UN MINISTRO INOCENTE

El Lunes pasado el Honorable Senado aprobó un voto echando de su puesto al Ministro de Instrucción Pública.

Esta medida es justa y lógica. Con ella trata de castigarse la inocencia de un ministro.

No creáis que este Ministro asesinó, robó, atropelló o hizo alguna cosa censurable. No lo creáis...

Quiso obrar de acuerdo con la Constitución. Incurrió en la debilidad de querer someter al control del Consejo de Instrucción Pública los Liceos de Niñas, cuando lo corriente y lo razonable hubiera sido que los pudiese bajo la égida de una comisión de agricultores.

Pretendió reincorporar a tres maestros que no opinan como el Estado. Todavía si los hubiera enviado a prisión...!

LAS SESIONES DEL CONGRESO

En las Cámaras se discute todos los días, sobre todos los temas y en todos los tonos. A veces no falta quien diga algo inteligente.

Nosotros queremos coleccionar en esta sección todos los relámpagos de inteligencia; pero nuestro escepticismo nos dice que si procedemos con tal unilateral criterio, nuestra colección no aumentará mucho, y por eso hemos decidido también darle cabida a aquellos trozos que revelan máximamente la estupidez.

Como esta tendencia espiritual tiene incontables partidarios, nuestra sección podrá aparecer regularmente.

El público clasificará por el orden indicado lo que aquí publicamos ahora.

ENTRAPELIA

El señor Urrejola.—Pero, señor, esas cárceles malsanas y sin murallas tienen un gran mérito, porque los reos que en ellas se cobijan contraen hábitos de personas de honor, ya que sólo bajo el honor de su palabra cumplen su condena.

POR LOS CODOS

El señor Errázuriz Lazcano.—Dos maestros anarquistas, dos fanáticos del desorden predicaban la destrucción y la muerte de todo lo que constituye el bagaje sagrado de toda colectividad civilizada. La negación de Dios, la disolución de la familia, la negación de la patria, la prescripción de la propiedad, la disolución del Ejército; y para conseguirlo la revolución y el asesinato encuentran cabida en opúsculos y proclamas que se distribuyen a los alumnos y al preceptorado nacional como funesta semilla.

DEFINIENDO LA LIBERTAD

El señor Yáñez.—La libertad de pensar, tomando estas palabras por la manifestación externa del pensamiento, es el fundamento de todas las libertades. Tenemos el derecho de obrar libremente, de reunirnos, de asociarnos, de creer, de enseñar, de ejercitar todas las actividades legítimas, porque tenemos el derecho de pensar libremente.

CABRIOLAS DEL MAESTRO

Cuando le decimos a los maestros: no debéis arrancar de la mente del niño la idea de la divinidad, la idea de la patria, el respeto a la propiedad, el concepto de las leyes morales, no estamos desconociendo el derecho de pensar así: les estamos diciendo que de ese modo contrarían la misión del Estado educador y traicionan la fe de los padres, que han entregado su hijo para fines diversos.

¡AY, QUIEN LO CREYERA!

El señor Arancibia Laso.—Entiendo que el honorable senador por Valdivia ha hablado a nombre de la Alianza Liberal.

Comparto en absoluto la doctrina que en forma tan brillante ha manifestado su señoría en lo que se refiere a la libertad de opinión y al derecho que tienen los profesores y demás funcionarios públicos para expresar sus ideas, doctrina que el senador por Antofagasta, en forma más modesta, tuvo oportunidad de sostener en la Cámara de Diputados.

Y como no creo que el señor Ministro de Instrucción Pública tenga ideas distintas a las de nuestro

programa y que, por consiguiente, sean contrarias a lo expresado por el señor senador por Valdivia, voto que nó.

¡OLE TU MARE, VIVA SEVILLA!

El señor Claro Solar (Presidente).—Se va a despejar la segunda galería.

El señor Aguirre Cerda.—Permitame, señor presidente...

El señor Claro Solar (Presidente).—Por mi parte no puedo tolerar que se insulte al Senado en esta forma.

El señor Aguirre Cerda.—Rogaría al señor presidente que tuviera la bondad de oírme. Creo que su señoría no ha sido justo al tomar esa determinación, por cuanto no ha advertido a las galerías que les está prohibido hacer manifestaciones.

El señor Claro Solar (Presidente).—He ordenado que se despeje la segunda galería.

El señor Aguirre Cerda.—Esta es la mayoría que quiere gobernar al país!

¡OJALA SEA CIERTO!

El señor Tocornal.—Estoy cierto de que no he de volver al Senado.

LARALARALA...

¿Se ha abusado o nó del derecho de pensar, cuando públicamente se dice: Yo no creo en Dios, soy ateo?

SEÑORES ALIENISTAS: ¡ATENCIÓN!

El señor Valdés.—Un ejemplo familiar: todo ciudadano está asistido del derecho de transitar por las calles, del mismo derecho que permite a los pájaros el vuelo en el espacio.

Pues bien, los empleados del Banco de Chile no pueden andar a su antojo por las calles a las dos de la tarde. ¿Por qué, si son ciudadanos chilenos, libres? Porque esa institución de crédito se rige por un reglamento que ordena a sus empleados la asistencia de diez a cuatro de cada día.

¿Son siervos esos empleados del Chile porque, sometidos a reglamentaciones de oficina, no hacen uso del derecho ciudadano de transitar por las vías públicas?

IDEM

Por mi parte, como chileno, antes que como liberal, estimo reo contra natura al que se expresa contra la idea de Patria, lo juzgo algo así como un sodomita del mismo...